

cuya descendencia habia de salir el Esposo de las vírgenes, delicado vino que los engendra y pan del cielo que los alimenta y conserva; así como el hijo privilegiado que habia de empuñar el cetro de Israel y no dejarlo hasta el fin misterioso de las semanas de Daniel. Treinta y seis mil de Zabulon, Isacar y Dan, así como sesenta mil de Get, de Asés, de Neftalí, de José y de Benjamín.

He ahí los pasados vírgenes, todos llenos de privilegios, no porque consagraran á Dios su virginidad como los vírgenes cristianos, sino porque cobraban grande mérito en la sangre purísima del Salvador. Por esto hallábanse adornados como ángeles, sus ojos mas hermosos que el color del vino exquisito, sus dientes cándidos cual lo sabroso de la fresca leche, su cumplido descanso no tiene mas término que la eternidad, y eran como los espectadores de aquel Señor que debia declararse esposo virginal. Ellos, fortificados por el brazo del poderoso Jacob, bendecidos por el Dios de sus padres, fueron fieles hasta su muerte é indicaban con su conducta las solemnes bendiciones de los vírgenes cristianos.

7.º NUMERO DE LOS VÍRGENES CRISTIANOS.

El número de los vírgenes cristianos es tal, que puede compararse con las arenas de los mares, con las estrellas del cielo, y con los átomos que divisamos al través de los rayos del sol, y

el Apóstol vírgen los da á conocer diciendo: Los he visto formando una turba magna, como si dijera una multitud de multitudes que nadie puede contar, los he visto no escogidos de un solo pueblo sino de todos los pueblos y naciones, de todas las tribus é idiomas, y los he visto viniendo gustosos de la tribulacion que acompaña tan grande sacrificio para lavarse y blanquearse mas y mas con la sangre del cordero. Los he visto en el Trono Divino, sirviendo noche y dia en su sagrado templo los misterios virginales, y ser ellos los escogidos y mas privados cortesanos en las reales funciones del divino alcázar. Los he visto en aquel lugar de delicias, sin los rigores del hambre, sin los tormentos de la sed, y sin las inclemencias de las estaciones; los he visto acariciados por Jesus ser conducidos á la fuente de la vida eterna, vestidos con el ropaje blanquísimo de su integridad, adornados en sus manos con las palmas de sus sacrificios, brillando en la diadema de sus frentes el nombre de su amado. Los he visto, en fin, que teniendo por cortejo á legiones de ángeles y adorando en espíritu y en verdad al immaculado Cordero, decian: "Salud á nuestro Dios y al Cordero que está sentado sobre el trono... . . . salud de todos nosotros como de abrazados serafines que lo rodeamos... . . salud de parte de los vírgenes que por su consagracion se hallan representados en los veinticuatro ancianos... . . y salud y bendicion, claridad y sabiduria, ac-

ción de gracias, honor, gloria y fortaleza, por los siglos de los siglos, al Cordero inmaculado, que se apacienta gustoso entre purísimas azúcares virginales.”

8° ¿QUIÉN SERÁ MI ESPOSO SI POR VENTURA
ME CONSAGRO Á DIOS?

El alma del hombre, hecha de una manera muy singular á imágen y semejanza de Dios, es capaz de celebrar un matrimonio con Jesucristo: divino matrimonio que es en este mundo el esclarecido privilegio de los vírgenes, así como el celebrar en el cielo las eternas bodas. Nada mas justo, por tanto, que aplicar un poco lo que hemos encabezado en este párrato, á saber. ¿Quién es mi esposo si por ventura me consagro á Dios? ¡Tanto es lo que ama Jesus á sus vírgenes!

Juan, arrebatado en Pátmos, vió á Jesus como esposo de los vírgenes, y su sola vista no solo lo embriagó del mas puro gozo, sino que rebosando la satisfacción mas cumplida cayó como muerto. ¿Pero quién es Jesus? ¿Nos lo querrá decir el discípulo del amor? El quiere, pero no puede: no obstante, á fin de que algo sepamos de él nos lo describe así: Jesucristo es el testigo fiel de cuanto desde toda la eternidad se ha hecho, y de cuanto tú hicieres por su amor, lo es tambien de un modo especial para premiártelo. Es

Jesus el primogénito-entre los hijos de los hombres, el príncipe de los reyes de la tierra, el que ama á los vírgenes con exceso de amor, el que lavándolos de sus pecados los ha dejado mas blancos que la nieve, y el que conserva su blancura con su sangre divina que les dispensa en misteriosa bebida. Es Jesucristo el que hizo á los vírgenes su reino, los hizo ciudadanos de la patria celestial, los constituyó con los títulos del sacerdocio virginal, consagró el altar de su corazón, recibió bondadoso la victoria de sí mismos, y les hizo notar que como para premiarlos extendía su gloria y su imperio por los siglos de los siglos. Es Jesucristo el principio y el fin de toda operacion, el que existe por sí mismo, el que siempre ha sido y será, es el Omnipotente que habita entre los arcángeles soberanos. Su vestido es el poder, su ceñidor es aquel acto supremo que todo lo determina, sus piés sagrados semejantes al laton pulido, parece que andan entre los rayos del sol, su cabeza es cándida como de la mas blanca lana sabiamente escogida de blanquísimos corderos; sus ojos, como de llamas centellantes, todo lo ven y á todo se extienden; su rostro brilla como el sol en fuerza de su divina virtud; su voz se oye muy lejos como el estruendo de muchas aguas al precipitarse, y de su boca sale una espada centellante y por ambas partes aguda. ¡Tan poderoso es el esposo de los vírgenes y tan omnipotente! Fué muerto y es vivo por los siglos de los siglos, teniendo ade-

mas las llaves de la vida y de la muerte, del infierno y de los cielos.

Jesucristo es el que dice con toda verdad: Yo soy el primero y el último; el primero, porque de mí penden todas las criaturas como de nuestras acciones la voluntad; y soy el último, porque solo yo cerraré los párpados del último de los vivientes. Jesucristo, pues, no obstante de tener á su derecha las siete estrellas de los arcángeles de primer orden, el ser proclamado tres veces santo como la única y sola verdad, es con todo, el que contemplando el corazón virginal que brilla en su presencia cual candelabros de oro, afirma que tiene sus delicias entre los vírgenes, que quiere apacentarse entre ellos como cordero immaculado entre candidas azucenas; que quiere enriquecerlos con torrentes de divino amor que brotarán de sus ojos, y que á trueque de hacerlos felices quiere satisfacer sus purísimos y ardientísimos deseos, como de corazón virginal, con el mas absoluto amen. ¡Tal es Jesus, el esposo de los vírgenes! ¡tanto ama Jesus á sus purísimas esposas!

9º ELOGIO DE LOS VÍRGENES Y SU PREMIO.

Para elogiar bien un objeto es necesario tener de él un conocimiento perfecto; y el elogio sale mejor cuando la cosa descrita era mejor conocida. De ordinario las alabanzas de los hombres son muy vanas, porque no conocen los ob-

jetos; pero la alabanza de los vírgenes hecha per Juan, el apóstol virgen, es tanto mas perfecta, cuanto que él nos habla en boca de Jesus, que es la misma perfeccion.

Conozco, dice al virgen, tus obras perfectas; conozco aquel tu ardiente celo que no te permite ver la pérdida de las almas; aquella tu paciencia que te hace soportar bondadoso los mas grandes trabajos; aquella tu magnanimidad que te hace sufrir alegre por mi nombre toda contradiccion; aquel deseo de aumentar mi gloria, con el que emprendes cuanto yo deseo y cuanto te inspiro. Conozco tus obras, continúa, ¡oh virgen esclarecido! obras muy meritorias, como hijas de tus votos con los que te consagraste á mí; conozco aquella tu pobreza de espíritu, tu obediencia perfecta y tu virginal pureza. Conozco tu fe casi superando á la de Abraham, aquella tu esperanza que no desmayó á vista de los calabozos; aquella tu caridad que tornaba nuevos aumentos con las dificultades, y aquella tu vigilancia que te hacia estar pronto al cumplimiento de mi deseo.

¡Ah! Todo esto que has hecho por mí merece grandes dones y he determinado premiártelo; has vencido y quiero enriquecerte con el fruto de la victoria; por tanto, yo te daré á comer el fruto del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Padre; te daré el maná escondido que debe fortificarte en tu vida espiritual; te haré feliz enriqueciéndote con mi amor inflamado,

y así te daré mi nombre, mi nombre nuevo, el nombre de Esposo tuyo. Desde tan feliz momento te daré potestad sobre tus pasiones, las registrarás convenientemente con la vara férrea de tu voluntad ordenada, y como yo todo lo he recibido del Padre y le doy la gloria de todo, así tú todo lo recibirás de mí como mi esposa, y serán tus obras como suavísimos aromas que predicarán mi gloria. Desde ese momento aparecerás según eres, recibirás el finísimo y blanquísimo manto de la distincion, jamás tu nombre será borrado del libro de la vida, te confesaré según tus privilegios en la presencia de mi Padre, te haré cual columna en aquel templo de la gloria, te introduciré en la nueva Jerusalem de los vírgenes, y allí te mostraré aquel mi nombre nuevo de esposo tuyo, lo grabaré con indelebles caracteres en tu corazón, cenaré contigo hasta la consumacion de los siglos, y al modo que yo estoy sentado en el trono de mi Padre, así tú, cual esposa mía, te sentarás en el alcázar de los vírgenes en aquel mi trono mio. ¡Quien tenga oídos oiga los privilegios virginales! ¡Quien pueda aspirar á la virginidad no olvide el elogio de los vírgenes y su premio!

10. LOS VÍRGENES CONTEMPLANDO LA GLORIA
DE SUS COMPAÑEROS EN EL CIELO.

No hay modo para expresar con exactitud lo que son los vírgenes en este mundo, y aun mu-

cho menos para decir lo que son en el cielo: porque si no podemos decirlo del último de los justos, ¿cuánto menos podremos aplicar lo de los vírgenes, que por antonomasia son la imagen de Dios?

A los vírgenes, en fuerza de la luz espiritual que reciben del Espíritu Santo, les es dado contemplar la gloria de sus compañeros en la virginidad. . . . Ellos se fijan ahora en aquel trono cuyo descanso es la eternidad, sus gradas el poder, su silla la sabiduría misma, el dosel que lo cubre es la hermosura, y todo su conjunto es como cierta infinidad de belleza. ¡Qué dicha ver el trono de su amado! ¡Qué felicidad contemplar al que está sentado en él.

Al derredor del trono hállase otros veinticuatro tronos y sentados en ellos otros tantos vírgenes. Su virtud los declara los ancianos en la perfeccion, sus vestidos como de fuentes de blancura los cubren, coronas de finísimo oro los distinguen, poderosos rayos que salen del trono los defienden, truenos incesantes indican que ellos son los protegidos de Dios, y siete espíritus que arden en llamas divinas los aseguran. ¡Oh seguridad dichosa la de los vírgenes! ¡Quién pudiera darla á conocer! Ciertamente que ellos necesitan tanta mayor humildad cuanto son mas ensalzados. Ellos son fuertes contra toda tentacion, vuelan solícitos hácia las prácticas de virtud y son del todo semejantes á Jesus. Ellos en el cielo reciben la doble y triple alaban-

za de su mérito, de sus sentidos y potencias salen para Dios grande gloria, y su boca virginal es la que profiere el cántico excelente de Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios omnipotente: Santo, Santo, Santo es el que es, el que era y el que ha de venir. Ellos se postran ante Jesus, cual los misteriosos ancianos del Apocalipsis, le adoran con singular adoracion, le dan la gloria á manera de riquísimas coronas que le presentan, la virginal alabanza que lo declara el dignísimo de toda gloria, honor y virtud, y el dignísimo tambien de que *infinita infinidad de veces, en infinita infinidad de lugares, por infinita infinidad de vírgenes sea para siempre bendito, alabado y glorificado por toda una eternidad.*

11. BATALLA DE LOS VÍRGENES.

He visto, dice san Juan, en el cielo un grande signo, y despues de la señal horrorosa salió el dragon negro y rojo, teniendo siete cabezas y dos cuernos; lo he visto con su cola arrastrar la tercera parte de los vírgenes que á su tiempo habian brillado como estrellas. He visto salir á la bestia del mar y de la tierra; la he visto usar todo poder contra los vírgenes, la he visto recorriendo todos los pueblos, tribus y naciones; la he visto matando á muchos, llevando prisioneros á otros y haciendo grandes prodigios de malicia por perderlos á todos. He visto que de

los vírgenes fervorosos, como fieles á la gracia de Dios, no se perdió ni uno solo; que de los buenos apenas se perdió ninguno de cuantos acudieron á Dios en el momento de la tribulacion; que de los tibios se perdió la mayor parte, y que de los malos no se salvó ni uno solo. ¡Ay de estos, porque perecieron en la batalla, y sus consecuencias serán eternas! ¡Ay de los tibios que no acudieron á fortificarse contra la tentacion mediante la oracion y el ayuno! ¡Felices los buenos, porque su bondad los hizo acudir presurosos al alcázar de Jesus! ¡Mas felices los que unidos con Dios estuvieron llenos de fervor, porque su victoria es segura! Satanás fué vencido no obstante sus tentaciones; fué arrojado de entre los vírgenes, se estableció entre ellos la seguridad de los hijos de Dios, y resguardados por Miguel y sus ángeles, oyeron en favor suyo: *Ahora se ha cumplido nuestra salud por la virtud del Omnipotente que ha obrado en nuestro favor por la sangre de Jesucristo, cuyos méritos se nos han comunicado.* Alegraos, cie los, que habeis sido testigos de la batalla virginal, así como de las victorias de los vírgenes, y tiemblen los que no aman la castidad, porque el diablo les dará la mas completa y cabal victoria.

12. HABITACION CELESTIAL DE LOS VÍRGENES.

He visto la habitacion virginal, y la he visto enriquecida con los mas bellos adornos; la he

visto como un tabernáculo de Dios puesto en medio de los hombres; siendo los vírgenes el pueblo privilegiado de Jesús, hasta el punto de ser él su tiernísimo esposo. He visto la habitación virginal que como alcázar de palacios estaba fundada sobre doce cimientos de las preciosas piedras de jaspe, zafiro y . . . he visto su muro todo fabricado de jaspe escogido, cuya dureza se acercaba á la del diamante. . . he visto sus puertas en número de doce; todas ellas fabricadas con elegancia y perfección, de las más bellas y grandes margaritas. . . he visto toda la habitación que es de oro purísimo, y con el brillo del cristal penetrado por los rayos del sol. . . he visto que hay en ella el caudaloso río de la vida eterna, que procediendo del trono de Dios y del Cordero, pasa por todas partes, y sus corrientes caudalosas y cristalinas todo lo conservan. . . he visto que en el centro de la plaza se hallaba el árbol de la vida, que produce doce frutos al año, y da todos los meses el fruto que le pertenece; tanto el fruto como las hojas son la eterna salud de los vírgenes. . .

Después de haber visto la habitación virginal, ví también á sus habitantes los vírgenes. . . les he visto sentados en otros tantos tronos, como esposas queridísimas del inmaculado Cordero, y llevando en sus frentes el distintivo virginal. En la habitación virginal no ví templo, porque el Dios omnipotente y el Cordero son el templo. . . en ella no hay luna, porque

la claridad de Dios todo lo ilumina; no hay sol, porque Jesucristo es el divino sol de Justicia que todo lo alumbra. Entre los vírgenes no hay llanto, ni lágrimas, ni clamor, ni dolor, ni trabajos, ni enfermedad, ni muerte; todo es en ellos vida perdurable, gozo sempiterno, canto universal y alegría inmensa. Los vírgenes, en fin, ocupan ese lugar de tanta distinción, que jamás será admitido en él ninguno que esté manchado: ¡tal es la felicidad virginal! ¡tal su divina habitación!

13. LOS VÍRGENES EN EL CIELO.

He visto, continúa Juan, al inmaculado Cordero sobre el monte de Sion y lo he visto apacentándose entre ciento cuarenta y cuatro millares de vírgenes. Ellos tenían el nombre de su distinción virginal escrito en su frente, y formaban las delicias del Cordero. Para establecer la atención y fijarla bien, oí una voz del cielo como el sonido de aguas que se precipitaran; oyóse en seguida el cántico dulcísimo como de millares de inteligencias artistas que tañeran sus cítaras de oro. . . era la voz de los vírgenes, era el cántico nuevo que era cantado ante el trono del Cordero. . . y los veinticuatro ancianos gozaban también virginalmente. El canto era tan propio suyo que solo ellos lo podían cantar, como comprado con la sangre del Cordero, y como escogido por Dios de entre las primicias

de los hombres Juan continúa diciendo: Estos son los vírgenes que no han sido manchados con el contacto de mujer, son los vírgenes que siguen al Cordero por doquiera que vaya, son los vírgenes que por sus privilegios son las primicias de Dios y del Cordero; son los vírgenes tan puros é inmaculados, que hallados fueron por Dios sin mácula de culpa; son los vírgenes que por su virtud guardaron los mandatos de Dios y los consejos evangélicos, y son los vírgenes de quienes se ha dicho: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.*

14. BODAS DE LOS VÍRGENES CON JESUS EN EL CIELO.

Ya hemos visto los pensamientos de Juan sobre la virginidad divina y humana, la restauración del estado virginal con la apertura del libro misterioso de la virginidad, así como las fiestas del cielo después de la verificación de este hecho tan notable; hemos visto los magníficos pensamientos con los que nos da á conocer el número de los pasados vírgenes; y con el de los vírgenes cristianos; hemos visto los elogios que hace de un vírgen, el grande premio que les señala y la descripción que nos presenta de Jesucristo como esposo tierno de los que se consagran á él; hemos visto la batalla de los vírgenes, su contemplación en este mundo, la habitación de los

vírgenes en el cielo, así como sus sacerdotales oficios de seguir al Cordero Inmaculado y de cantarle un cántico nuevo: ¿qué otra cosa falta? ¿Qué mas podría decirse? ¿Quién fuera capaz de imaginarse tanta dicha si Juan no nos la hubiera descrito? Sin embargo, aun falta lo mejor, ya que Juan nos habla de las bodas de los vírgenes con Jesus. He aquí sus pensamientos:

He oido una voz del cielo, que decía: Aleluya. Salud, gloria y virtud á nuestro Dios que ha juzgado verdadera y justamente, condenando á cuantos se oponian al reinado virginal, y justificando la sangre heroica que por su amor han derramado sus vírgenes. La voz de trueno hizose oír de nuevo, diciendo: Aleluya, y todo el cielo adoró al que estaba sentado. Alabanza sea dada á Jesus; todos los que lo servís alabadle, porque va á establecer el mayor de los premios pronunciados en favor de los vírgenes. Alegrémonos todos, todos regocijémonos y demos gloria á Jesus, porque el tiempo del divino enlace, celebrando los vírgenes las eternas bodas con Jesus, ha llegado y debe verificarse. Amen. Amen. Amen.

Entonces á cada vírgen le es dado un vestido riquísimo, fabricado de finísimo hilo y todo brillante de blancura; se coloca en su frente el distintivo virginal del nombre de su amado, es presentado divinamente. . . . celébranse las bodas con Jesus, con el eterno aleluya. . . . Así son tratados los vírgenes como los privilegiados

entre los santos. Bienaventurados los vírgenes, porque ellos son llamados á las eternas bodas del Cordero; bienaventurados, porque eternas serán sus delicias, como que son el cumplimiento de la palabra de Dios en su favor; bienaventurados, porque Jesus, que es su esposo, es el Rey de los reyes, es el Verbo de Dios y el que con premios eternos dará público testimonio de los vírgenes. ¡Bienaventurados los hijos de María fervorosos, porque capitaneados por el señor san José, que empuñó valeroso el blanco estandarte de la virginidad, serán conducidos por él en el eterno festin de las bodas con Jesus! Oigan todos que el señor san José como virginal esposo de María, les dice: *Sed vírgenes como yo soy vírgen: os he dado ejemplo en la práctica de la virginidad para que seáis vírgenes como yo lo soy.* Amen. Amen. Amen.

CAPÍTULO VI.

EN EL QUE SE PRUEBA TODO LO DICHO CON EL EJEMPLO DE ALGUNOS SANTOS.

Creemos un deber nuestro dirigirnos por última vez á los hijos de María en la conclusion del Manual, indicándoles que en este último capítulo encontrarán en los santos la perfecta práctica de los documentos que les hemos dado. Segun el Manual, un hijo de María tiene sus deberes que cumplir, sus meditaciones que ha-

cer, sus sacramentos que recibir, y sobre todo, debe trabajar para no ser nunca un mal hijo de María, para no serlo ni siquiera tibio, para procurar desde luego ser bueno y para ir adelante en la vía del fervor, de suerte que sea de hecho un fervoroso hijo de María.

Este capítulo contiene un extracto muy pequeño de la vida de treinta y dos santos sacerdotes, diáconos y acólitos, y si en todos ellos brilla la verdadera santidad, el amor extraordinario á María, un afecto todo especial á la santa pureza, la práctica de un celo sacerdotal que convierte á innumerables almas, y una dedicacion toda particular á extender el reinado de Jesucristo por medio de la virtud mas heroica y la gracias extraordinarias del Espíritu Santo; tambien es cierto que no todos fueron santos en un momento, no todos conservaron la inocencia bautismal, algunos fueron pecadores (malos hijos de María), otros fueron tibios, otros pasaron muchos años siendo solamente buenos, *aunque todos, fieles definitivamente á la gracia,* comenzaron su vida de amor, y murieron fervorosos hijos de María y verdaderos santos. Veámoslos pues:

San Francisco Javier.—Entre los fervorosos hijos de María que se juntaron en Paris con san Ignacio de Loyola, fué sin duda alguna san Francisco Javier. Nacido en España é hijo de nobles padres, segun el mundo, fué mas noble todavía por sus virtudes, entre las que descolló